

Thermidor y bonapartismo

León Trotsky

26 de noviembre de 1930

(Tomado de “Thermidor y bonapartismo”, en AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 485-489, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 1, mayo de 1931.)

Las analogías históricas deben utilizarse comprensivamente, porque de otro modo fácilmente se transforman en abstracciones metafísicas que, en vez de orientar debidamente, conducen a rutas falsas.

Algunos de los camaradas que militan en las filas de la oposición en el extranjero creen ver una contradicción en nosotros porque hablamos, tan pronto de las tendencias y fuerzas *thermidorianas* en URSS, como de rasgos *bonapartistas* del régimen del PC ruso. Y concluyen de ahí que es preciso revisar nuestra apreciación fundamental del estado soviético. Esto *es falso*, y procede de que los camaradas en cuestión tienen una concepción abstracta de las nociones teóricas (thermidor, bonapartismo), y no las conciben como categorías vivas, es decir, como procesos contradictorios.

La edificación socialista se prosigue en URSS con éxito. No obstante, el proceso se desarrolla de un modo muy contradictorio, debido tanto al cerco capitalista como a la acción contraria de las fuerzas antiproletarias en el interior, así como a la falsa política de la dirección, que sufre la influencia de las fuerzas enemigas.

De un modo general ¿las contradicciones de la edificación socialista pueden adquirir tal tensión que quebranten las bases de dicha edificación tal como las planteó la Revolución de Octubre y como se reforzaron por los éxitos económicos ulteriores, sobre todo los del plan quinquenal? Sí, esto es posible.

¿Quién ocuparía en este caso el lugar de la sociedad soviética actual en su totalidad (economía, clases, estado, partido)? El régimen actual, en tanto que régimen de transición del capitalismo al socialismo, puede, en el caso mencionado, ser reemplazado tan sólo por el capitalismo. Claro que sería un capitalismo de un género muy particular: sería un capitalismo colonial en su esencia, abarcando una burguesía de *compradores*, un capitalismo saturado de contradicciones y que excluye la posibilidad de su evolución progresiva. Todas las contradicciones que pudieran, según nuestra hipótesis, ocasionar el hundimiento del régimen soviético, se transformarían inmediatamente en contradicciones interiores del capitalismo, y adquirirían muy pronto extremada agudeza. Lo cual quiere decir que la contrarrevolución capitalista contiene las bases de una nueva Revolución de Octubre.

El estado es una superestructura. No considerar su carácter, sus relaciones de producción y las formas de propiedad (como hace Urbahns, por ejemplo, con el estado soviético), equivale a abandonar el terreno del marxismo. Pero mucho menos que el partido, el estado no es una superestructura pasiva. Bajó la influencia de las acometidas que provienen de la base clasista de la sociedad, nuevos procesos se verifican en esta superestructura que son el estado y el partido, que (en ciertos límites) poseen un carácter autónomo, y, si se unen a los procesos que se desarrollan en la base económica, pueden adquirir importancia decisiva por el carácter de clase del conjunto del régimen, orientándole, sea en este sentido o en aquél.

Sería un doctrinarismo de la peor especie, una especie de confucionismo a lo Urbahns, al revés, creer que por el solo hecho de la nacionalización de la industria, completado por el giro rápido de la evolución, constituiría en sí la garantía de un desarrollo ininterrumpido hacia el socialismo, con absoluta independencia de los procesos

que se verifican en el partido y en el estado. Al pensar de esta manera se prueba que nada se ha comprendido de las funciones del partido, de sus funciones dobles y triples en el *único* país de la dictadura proletaria, que es a la vez un país económicamente atrasado.

Si se supusiera por un instante que los economistas, de un lado, y las masas obreras directoras, por el otro, se separaran completamente de la disciplina del partido, que es idéntica a la disciplina del estado, la vía hacia el socialismo quedaría truncada. La industria nacionalizada se diferenciaría en grupos en lucha entre sí; los conflictos entre la administración y los obreros se iniciarían francamente; los trusts adquirirían una independencia cada vez mayor: el comienzo de la economía del plan desaparecería inevitablemente arrastrando consigo el monopolio del comercio exterior. Todos estos procesos que llevan al capitalismo significarían sin duda el hundimiento de la dictadura del proletariado. ¿Amenaza el régimen actual del partido, a pesar de los éxitos económicos, con la desaparición de la unidad y de la disciplina del mismo? Creemos que sí. Sería criminal menospreciar el peligro de degeneración del organismo del estado y del partido, basándose en los éxitos económicos. El partido, como tal, ya no existe en la actualidad. Ha sido ahogado por el aparato centrista. Pero existe una Oposición de Izquierda que el aparato centrista teme como al fuego, y bajo cuyos latigazos efectúa zigzags. Esta sola relación entre la Oposición de Izquierda y el aparato centrista viene a ser el sustitutivo de un partido, y pone el freno a los de la derecha. Pero en el caso de una ruptura completa y declarada de los lazos del partido oficial, el partido no desaparecerá. No porque existe un aparato (el que sería la primera víctima de sus crímenes), sino porque existe una Oposición de Izquierda. El que no haya comprendido esto es que no comprende nada.

Pero no hablemos ahora del modo como la oposición puede realizar su tarea esencial: ayudar a la vanguardia proletaria a defender el desenvolvimiento socialista contra la contrarrevolución. Partimos de la suposición de que esto no se haya conseguido para poder representarnos concretamente las consecuencias de tal fracaso. Como hemos dicho, el hundimiento de la dictadura del proletariado implicaría la restauración del capitalismo. Pero las formas políticas bajo las que esta restauración se produciría, la sucesión de sus formas, y bajo qué combinaciones se presentaría, todo esto es una cuestión independiente y, al mismo tiempo, muy complicada.

Sólo los ciegos pueden creer que el renacimiento del capitalismo de los compradores fuera compatible con la “democracia”. Para quien vea claro resulta evidente que la contrarrevolución democrática queda excluida. Pero la cuestión concreta en cuanto a las formas políticas posibles de la contrarrevolución no autoriza sino a una respuesta condicionada.

Cuando la oposición ha hablado del peligro thermidoriano, ante todo tenía muy en cuenta el proceso que se desarrolla en el partido: aumento del grupo de bolcheviques, separados de las masas, con una posición social asegurada, ligados a medios no proletarios y satisfechos de su situación social, análoga a la de aquel grupo de jacobino bien cebados, que fueron en parte el sostén, pero sobre todo la parte que ocasionó la caída thermidoriana (1794) y prepararon el terreno al bonapartismo. Analizando el proceso de degeneración thermidoriana, la oposición no trataba de afirmar que el trastorno contrarrevolucionario, en el caso que se produjera, tomaría obligatoriamente la forma thermidoriana, es decir, la dominación más o menos larga de los bolcheviques aburguesados que conservarían formalmente el sistema soviético, comparable a la Convención que habían mantenido los thermidorianos. La historia no se repite jamás, sobre todo en condiciones en que las diferencias de las clases son tan profundas.

El Thermidor francés estaba ya en germen en las contradicciones del régimen jacobino. Pero las mismas contradicciones también estaban en germen en el

Bonapartismo, es decir, en el régimen de la dictadura militar burocrática que la burguesía tolera por encima de sí, y bajo cuya protección puede dominar más eficazmente a la generalidad. La dictadura jacobina ya contiene *todos los elementos del bonapartismo*, aunque en forma poco desarrollada y en lucha con los “descamisados” del régimen. Thermidor fue sólo la etapa preparatoria del bonapartismo. Nada más. No se debió a una casualidad que Bonaparte hiciera de la burocracia jacobina la burocracia del imperialismo.

Al descubrir en el *régimen estalinista actual* elementos thermidorianos y elementos bonapartistas, de ningún modo incurrimos en contradicciones como piensan aquellos para quienes thermidor y bonapartismo son nociones abstractas y no tendencias vivas que se mezclan entre sí.

La forma de estado que adoptaría en Rusia la contrarrevolución triunfante (cuestión no muy sencilla), depende del concurso de una serie de factores concretos. Primero, de la agudeza de las contradicciones económicas en este momento *preciso*, así como de la relación de fuerza de las tendencias capitalistas y socialistas en la economía. Luego, de la relación de fuerzas entre los bolcheviques *proletarios* y los “bolcheviques” *burgueses*. Y, en fin, del peso específico y del carácter de la intervención extranjera. Es una tontería suponer que el régimen contrarrevolucionario pasaría *en todo caso, forzosamente*, por el estadio de Directorio, Consulado e Imperio para llegar a la restauración del zarismo. Pero cualquiera que fuese la naturaleza del régimen contrarrevolucionario, los elementos thermidorianos y bonapartistas ocuparían en él el lugar adecuado.

Es decir, que la burocracia soviética tanto civil como militar representaría en él un papel más o menos importante, y el régimen mismo sería a la vez la dictadura del sable por encima de la sociedad, ejerciéndose en interés de la burguesía contra el pueblo.

Por esto importa observar el modo cómo estos elementos y tendencias se forman actualmente en el seno del partido oficial, que será en, todo caso, el laboratorio del porvenir, es decir, tanto en caso de un desarrollo socialista ininterrumpido como en el de una victoria de la contrarrevolución.

¿Quiere decir esto que el régimen estalinista equivale para nosotros al régimen de Robespierre? De ningún modo: estamos tan distantes de una analogía vulgar en cuanto al presente como en cuanto al porvenir próximo o probable. Desde el punto de vista de la cuestión que nos interesa, la esencia de la política de Robespierre consistía en su lucha sobre dos frentes acentuándose siempre: contra los descamisados, es decir, contra los que nada poseen, y contra los “corruptores”, “libertinos”, es decir, contra la burguesía jacobina. *Robespierre realizó la política de un pequeño burgués que trata de elevarse a lo absoluto*. Esto ocasionó su lucha contrala derecha y contrala izquierda. Un revolucionario proletario también puede, en ciertas circunstancias, verse obligado a sostener la lucha en dos frentes. Pero esta lucha sólo puede ser *episódica*. Su lucha esencial será la lucha contra la burguesía, la lucha de la clase contra la clase. Pero los revolucionarios pequeñoburgueses, aún en la época culminante de su historia, se vieron siempre forzados a sostener la lucha en dos frentes.

Justamente fue esto lo que condujo, poco a poco, al estrangulamiento del partido jacobino, a la destrucción de su Club y a la burocratización del Terror revolucionario; o sea, al aislamiento de Robespierre, a consecuencia del cual tan fácil les fue su liquidación al bloque de sus adversarios de derecha y de izquierda.

Los rasgos de parecido con el bloque estalinista son evidentes. *Sin embargo, los rasgos diferenciales son más acentuados que los rasgos de semejanza*. El mérito histórico de Robespierre consiste en haber barrido sin piedad las vejeces feudales. Pero con relación a la sociedad futura fue impotente. El proletariado como clase aún no existía y el

socialismo había de tener forzosamente un carácter utópico. La única perspectiva real era la del desarrollo de la burguesía. El hundimiento del régimen jacobino era ineludible.

La izquierda de entonces, que se apoyaba en los descamisados, en la plebe, en los que nada poseen (ayuda muy poco segura), no podía tener una vida propia. Esto determinó preliminarmente el bloque entre ellos y la derecha, y a continuación casi todos los partidarios de Robespierre apoyaron en último término a la derecha. Este proceso fue la expresión de la victoria política de la burguesía sobre las pretensiones utópicas de la pequeña burguesía y sobre las convulsiones revolucionarias del pueblo.

Es inútil decir que Stalin no tiene ningún motivo para aspirar a los méritos de un Robespierre. El barrido ruso de las vejeces feudales y la sofocación de las tentativas reaccionarias eran tareas ya *terminadas* definitivamente durante el período leninista. El estalinismo aumentó desviándose del leninismo. No obstante, esta desviación nunca fue definitiva. Tampoco lo es hoy. Stalin sostiene, no una lucha episódica, sino una lucha orgánica *permanente y sistemática* en dos frentes. Este es el rasgo característico de una política pequeñoburguesa. A la *derecha* de Stalin están los restauradores del capitalismo, conscientes o inconscientes en diferentes grados. A la *izquierda* la oposición proletaria. Esta división se templea en el fuego de los acontecimientos internacionales. El ataque del partido contra el aparato no es provocado por la necesidad de la lucha contra la restauración burguesa; al contrario, esta lucha exige del partido la mayor actividad y la más amplia espontaneidad, sino por la lucha contra la izquierda, o más precisamente, por la necesidad que siente el partido de asegurarse la libertad de maniobras contra la izquierda y la derecha. En esto radica la semejanza con Robespierre. Sobre este terreno crecieron los fermentos bonapartistas del régimen de Robespierre cuya pérdida ocasionaron más tarde. Pero Robespierre no tenía donde elegir. Su línea de zig-zags fue la expresión de las luchas del régimen jacobino.

¿Puede imaginarse en la URSS actual una política revolucionaria consecuente sobre la base proletaria de que carecía Robespierre? Y si tal es el caso ¿podría contarse con el apoyo oportuno de la revolución en otros países? La apreciación de las perspectivas de lucha de las tendencias enemigas, tanto en la economía como en la política de la Unión Soviética, depende de la respuesta que se dé a estas dos cuestiones. Nosotros; los bolchevique-leninistas respondemos *afirmativamente* y así responderemos hasta el momento en que la historia nos demuestre lo contrario, con hechos y acontecimientos, es decir, con una lucha sin tregua y a muerte.

Es así y sólo así como este problema debe ser planteado por los revolucionarios que sientan que son *una fuerza viva en el proceso*, en oposición a los doctrinarios, que consideran el proceso desde el *exterior* y tratan de descomponerlo en categorías rígidas.

Tenemos la intención de volver sobre el problema próximamente y en relación con otra cosa. No queríamos ahora sino deshacer interpretaciones torcidas particularmente burdas y peligrosas. La Oposición de Izquierda no necesita revisar sus bases, a menos que grandes acontecimientos históricos pongan esta revisión a la orden del día.

L. TROTSKY

Noviembre, 1930

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es